

Principios de Fe

daniel bernardo grimberg



Image not found.

Capítulo 1

Principios de Fe (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

"Fue una erudita mañana en la que todas las guías sabias del mundo fueron transcriptas en la naturaleza, empezando por el dulzor de las aguas de los ríos y la pujanza del sol que alumbra los pasos del hombre, pero también crea los desiertos", dijo Hani Saleh a Abed Paluz, ambos estudiantes del Corán que querían retomar con placidez la lectura del libro sagrado, sacando de sus vistas a lo inverosímil, y poniéndolas en las magnificencias de los azufres y los altos cielos. Tenían en lo sumo presente al gran gozo de estrechar vínculos con lo divino.

Hani era colérico, su cara era renegrida y usaba lentes; en cambio su compañero de estudio de la misma edad, parecía un joven como cualquier otro y no uno prematuramente envejecido. Había sido una persona muy alegre aún antes de iniciar el camino de la perfección.

Abed consideró en forma tan aprobatoria lo exclamado por Hani qué hasta lo escribió en su cuaderno, al que elevó por un rato y observó con gratitud porque tenía el don de retener en quietud a las palabras. Fue tal vez en ese instante que creyó que Hani Saleh estaba llamado a desempeñar un rol clave en esa humanidad dónde la mayoría desconocía las bondades creadas por Alá, y si veían un campo creían que este era sólo un campo y no la cabal demostración de la potencia de Alá... de su generosidad sin límites (eso también lo anotó en su cuaderno). La comprensión exigía un esfuerzo intelectual e instaurar un diálogo revelador teniendo como base a la doctrina.

Entallado por la oración y superando los desniveles del piso que hacían acopios de servibles alturas, Hani dio su diestra a Faysal Abusada con un repentino zigzaguo de su brazo. Consideró una ventaja muy grave estar a su lado, despejar con él la alquitranada oscuridad en las costumbres de esa ciudad europea. Seguro de disponer de una sana religiosidad, le hizo una vívida confirmación de lo que será su obrar majestuoso. Porque las piadosas indagaciones de Abusada hicieron eco en él, y le crearon una fastuosa sujeción a la voluntad de Alá y a sus sagrados cánones. El mundo no se detenía y hasta las ramas de los arboles bailaban con los sonidos del viento, mientras la lengua hablaba y la mano conducía una pluma por ceñidos firmamentos de letras que representaban la fidelidad en el corazón. Abed Paluz quedó atrás de

Abusada cómo si hubiera divisado a un acaudalado campo y estaría dispuesto a poner su mano sobre el febril arado siguiendo la contundente promesa de transformar a la inmensidad de los alrededores en una huerta gigante. Sentía que no estaba en un aula, sino en un palacio, sentado en un trono, y era tal su sed de saber que casi no había tocado alimento, ni durmió las suficientes horas.

Hani Saleh fue desmenuzando con exactitud a las características de los infalibles dones ya descriptos por Faysal Abusada, haciendo algunos gestos que planteaban su adherencia a un preciso ceremonial. Buscaba concordancias entre la filosofía y la Revelación, sin manifestar abiertos problemas. También tuvo la resultante indignación del que halla que los hombres deformaron la substancial amistad que les ofreció Alá, quién tomando como instrumento a apaciguadas letras estuvo dispuesto a ayudarlos en sus fragores diarios. Sin embargo, estos formaron cónclaves para rechazarlo y sus rebeldías se hicieron muy definidas. Esa actitud derrotista de los países occidentales era algo difícil de interpretar. Hani Saleh postuló que aquello inflamaba con fuegos sus entrañas y dentro de poco lo encomendaría a crear un desenlace feroz. No había una doble verdad, y el hombre jamás sería artesano de su destino, nunca con sus débiles parpadeos se abriría paso por ese laberinto que era el mundo sin la presencia de Alá.

Abed Paluz sabía que dentro de las vigorosas representaciones del maestro Faysal Abusada, estaba la implantación del sagrado minuto que era imposible describir con palabras, el qué a lo sumo lo previeron los derviches, qué con los torsos desnudos hacían continuas invocaciones en sus giros para cubrir al espacio, imitando a lozanas danzas del fuego. Una generación debía sacrificar su existencia en beneficio de las otras, la sangre de unos pocos debía regar al jardín que así daría frutos abundantes. Al final de una descompostura básica que era el esfuerzo por lograr la preeminencia, Abed se enterrará en dictados santos para posibilitar que otros recomiencen en el estío las piadosas prácticas que los absolverán de disturbios, y malogradas esperanzas en las formas curvas de las mujeres (lo que sonaba somnoliento y mugroso). No usaría modos simbólicos para decir como había que acercarse a lo absoluto, al estudio reflexivo del universo para conocer al Hacedor.

Faysal Abusada estaba tan abstraído, que hablaba cómo si frente a sus ojos se estuvieran apilando nubes, y al comprimir algunas noticias que tenían tintes maniqueos, sintió a la vez paz y una creíble angustia por tener que clasificar de tal forma al mundo. Integraba una fe con conclusiones que eran contrarias a lo predicado por esa sensual y permisiva civilización. Luego contó como los antiguos entregaron cabizbajos sus alforjas con oro y los asquerosos talismanes, para someterse a Alá, y qué por religión estaba prohibido dar empréstitos con interés o forjar negociaciones con infieles e ingratos. Habló de cárceles, puertas con la fuerza del hierro y hombres cuya enfermedad era

espiritual. Haciendo una pregunta final señaló que, para encontrar testimonios de Alá, bastaba fijar sus ojos en los alrededores (esto último lo dijo con susurrada suavidad). Y sin pretender ser un verdugo agregó que eso lo sabían hasta los animales que anhelaban salir a la superficie para ser enardecidos por la luz.

Abed Paluz hizo una calma estimación de esos dichos cómo hombre joven que era, dedicado a apelmazar en su mente indivisas enseñanzas. Sanaría su mortalidad, entendería la Verdad antes que los infieles fueran condenados, cargando una espada con respeto y predisposición a morir por los demás. Una vez su madre Nadwa le había dicho que en el comercio estaban centradas las mejores venturas, pero él entretuvo otros tejes y manejes conjeturales, y prefirió aprehender la dicha progresiva de la luz. Pronto describió al mundo espiritual sin los accidentados ímpetus de la materia, sabiendo fielmente que los injuriosos que contendían con la razón, terminarán abruptamente, y qué durante ese calcinado devenir no quedaría desprotegido, sino que recibirá los gratos signos que fueron predichos para el creyente. Ese era el marco en que su fundamentaba su actitud especulativa de filósofo de Dios.

Abed caminaba por los espacios abiertos de esa Madrasa que eran consecutivos a sus cotidianas habitaciones, en la acera de enfrente había edificios, torres o simples hogares con postigos y cerraduras a la vista. Veía hombres de espaldas que no encontraban sentidos o alegrías en su vida. Por eso el joven desconsideró al consejo de su madre y se acomodó a una vida religiosa. A apoyarse en el pasado, en sus comentarios literales, y ser idóneo para poner en práctica la intolerancia que asimismo era símbolo de santidad. Con sustanciosa humildad a diario pedía a Alá que le mostrara la savia intrínseca de la vida; hacía rigurosos exámenes de conciencia para nunca ser tachado en público por algún defecto que minuciosamente obviaba.

Faysal Abusada tomó un vaso de agua, e hizo con sus brazos una abertura para invitar a sus alumnos a continuar la clase; sus gestos eran de insuperable inspiración. Estaba ahí para que se cumplieran grandes postulados religiosos, y afirmar a los creyentes estén estos en las montañas o en las depresiones de los valles. Los países de occidente tomaban parte de una decadencia que cada vez se hacía más amenazante, y a partir de esta obligaban a los fieles a convertir sus costumbres, a trocar sus valores mientras transitaban por calles de pavimentos oscuros.

La dignificada razón qué exigía Abusada, era redefinir las cosas sin más vulgaridades y restaurar las maneras que de épocas pasadas, cuando los suelos nunca se llenaban con mentirosos y ladrones. Entonces las dinastías de los hombres eran más afines a las de los ángeles, y no había que tolerar abismales fracasos. Los creyentes no tenían más que juntar en sus almas las enseñanzas del Corán, para no perder de vista la

ubicación que tenían y no caer en el viejo tendal de los que sólo percibían lo satánico. Pero esto no se podía hacer por medio de la bondad natural, se requería una redención sangrienta.

Abusada les explicó que había que dar paso a la destrucción de la misma forma con que se rompe la lisura de la tierra para plantar una semilla de dulzor. El mundo imperfecto dará paso al bienaventurado, si decisivos hombres se aplicaran a este último con el mayor de los realismos. Ese era el viejo consentimiento que fue legado por los mayores en la fe, quienes ya advirtieron acerca de la intensa mezcla de valores. ¡Pronto se destrabarían las paciencias, de la misma manera como en el cielo aparecen ruinosas lluvias!... el maestro consignó algunas lecturas repletas con consejos de amanuenses, quienes se habían desvivido de acuerdo a los sueños gloriosos que conducirán a la humanidad a la oración diaria, la limosna, el ayuno en el mes de Ramadán y una peregrinación a la Meca.

Ya lo había señalado el ilustre Yawad Raed: era necesario recomenzar al mundo para que rigiera la moralidad mayor y se desmenuzaran las tristezas durante el transcurso de los días. Él describió la genuina actividad religiosa, al ejemplificar con ojos llenos de lágrimas como un hombre santo tocó las alas de un pájaro herido, y éste pudo elevarse y no desplomarse más en el suelo. Para Raed el pavor era una filosofía y no sólo un estremecimiento físico. Eran blancos ejércitos de ángeles dispuestos a rechazar la maldad abrazando una irracional pureza.

Según ese gran doctrinario se producirá una nueva inauguración de la fe, si los fieles actuaban como quienes debían rendir cuentas de destacados logros. Sólo emplearían dogmáticamente las armas que Ala les entregó después de captar sus mensajes con profundidad. Lo que Faysal Abusada anunció en ese día, fue que entre las monturas que el sol hace en el alba, y la noche dirigidas por las potencias del aire, visitará la Madrasa ese maestro magnífico para que los estudiantes no se demacraran por su larga ausencia, y perduren en sus esfuerzos mientras millones de gotas de sangre recorran sus vitales órganos y animaban sus rostros. Llegará Raed para analizar con fervor la verdad causal que es negada por los escépticos, y protegerlos con misericordia y cariño de los males de este mundo.

Faysal Abusada advirtió que la implosión de lo absoluto no cabía en la mente del no creyente. ¡y quienes fueron destinados a transitar por esos escalones se sorprenderán por lo inminente con que la destrucción se instalará en el camino de sus oprobiosos pasos! Al final se darán cuenta en qué consistía abjurar de la verdadera orientación espiritual.

Ante la deferencia notada en los ambiciosos ojos de Hani, el maestro le dijo: "Hani Saleh, los musulmanes que viven cerca del Pórtico lo saludaron servicialmente". Eran aquellos que comerciaban con hilados y prendas fastuosas, y gozaban de las garantías de paz de los clérigos musulmanes,

ya que participaban de los derechos y deberes comunes de la comunidad. El joven sonrió con humildad cómo si ese recordatorio fuera inmerecido, sofocando su orgullo por esa mención del querido maestro. que lo ponía a la vez en la desprotección que da la notoriedad y a su abrigo. Era tenido como un creyente sin tachas que nunca lloraría ni imploraría por la defenestración en la que fue puesta su pueblo. Por unos minutos accedió a cerrar al libro sagrado porque esas palabras le resultaron demasiado halagadoras, y en su mente se dispersaban los importantísimos Números. Aún había en él un enorme catálogo de deficiencias, lo sabía, pero se esforzaría al máximo como quien encabeza una expedición armada.

Enseguida y mirando a Abed Paluz, Abusada agregó que en los próximos tiempos los que estaban al acecho pasarán a ser acechados. La guerra santa exigía un valor que nunca sería provisorio. Durante ese empalme de la clase, Abusada se hizo oír con voz atronadora, y clamó casi con desesperación al doblar su barbado y constante rostro hacia la dirección santa. Hizo una evocación de acontecimientos positivos, habló del día de la resurrección y terminación del mundo, y que el amor resonaba con las palabras que salían del cerrado ámbito de su pecho. ¡Porque fue Yawad Raed quién había dicho que estaría bien que los creyentes dejaran de comunicarse a través de la voz, y usaran únicamente propiedades angelicales que rezumarían en un mayor nivel de lógica! ¡Los creyentes habían sido llamados a no hablar más y actuar! ¡Porque el esperpento y la malicia estaban en esa tierra de los infieles para interrumpir los lazos positivos! Les dio un consejo: - "Aprendan y siempre recordarán a su maestro".

Abed Paluz sabía que su actuación sería indispensable para sostener aquella meta que no estaba a la vista de los demás, o no habían incluido dentro de sus enfundadas imaginaciones. Ahora vería a todos por arriba como un halcón que investiga los llanos con precisión y sin ser percibido.

Abusada prosiguió diciendo que los primeros trazos en la vida no debían ser correspondencias con el error del que sabe cómo engañar al hombre, y lo devuelve a los arcanos misterios iniciales que no fueron obra de Alá, sino un intento de sus criaturas de cerrar los ojos y amontonarse en su magnífica Creación sin darle las alabanzas que le son gratas. Limitó al mundo con la voracidad de ensombrecerlo todo. Hani Saleh dio un sí servil con la cabeza mientras el maestro pasaba a su lado al hablar: el joven consintió en que el engaño era el habitual asidero al que se agarraban los infieles. Y dar la espalda al resplandor de la fe era similar a caer en la ceguera.

Faysal Abusada no abundó en lugares comunes, ni usó palabras que no tuvieran una elevada connotación. Su cifrada función fue la de enseñar, dar a conocer lo que seguiría, como si entregara a sus alumnos corceles y espadas preparándolos para la gran batalla. Puesto que además de exaltar lo noble y difundir las misericordiosas contribuciones de los santos,

nada había en él más que el deseo de refaccionar al pasado para que no fuera devorado por el presente cómo si se tratara de una mera ronda de rumores. El pasado más que un recuerdo era un estado ritual de pureza.

Después de haber escudriñado esas tajantes verdades, Faysal se repantigó espesamente en su silla, sintiendo correntadas de aire (admitidas porque las ventanas estaban abiertas) que atemperaban al calor. Se sentía un alfarero que hacía gráciles obras con dóciles arcillas. Preparaba a esos jóvenes dándoles claves correctas para que hicieran caso omiso a la falsa civilización, y abrieran sus mentes para desentrañar otras grandiosas revelaciones. Se tocó el cuello, lo sintió suave y espumoso; en su voz estaba la génesis de la transformación, la armonía opuesta a la irrupción de lo confuso.

Cómo algo apriorístico, Hani Saleh se encuadró en esa mañana con el mismo ímpetu que lo llevó a refugiarse en esa Madrasa, y salir a debatir en las calles acerca de cuestiones que fueron referidas por quién estaba en la cúspide de los Maestros (Yawad Raed), las qué servían para rectificar al perdido mundo sin fe. Este era un hombre de sólida sabiduría cuya voz nunca temblaba, y que corrigió las doctrinas de algunos de sus predecesores al añadirles una cosmovisión victoriosa.

Hani se movía con la urgencia que hay en el corazón de los jóvenes y de acuerdo a lo que sus mayores le demandaron con sinceridad. Sentía estar inseparablemente unido con grandes y santos varones, y que ya no le resultaba a nadie indiferente y su nombre se oía con agilidad hasta en las orillas de ríos remotos.

"Hay que impedir al rugido del trasgresor sin vacilaciones, o a cualquier estruendo que quisiera proferir". Dijo Hani Saleh a su compañero Abed Paluz. No dejaría que las serpientes se colaran en las vestimentas porque eso los llevaría a la vertiginosa danza de la muerte. Esa sencilla advertencia de Hani tendría inextinguibles consecuencias para Abed, porque es bien sabido que el sirviente que permanecía en las tiendas, también era el que ejecutaría cruentas acciones para salvar al tesoro que los injustos querían arrebatarse a su amo. Existía un tipo de unidad entre los dos que traspasaba las alegrías de la vida, sus melancolías y los llevaba a celebrar la muerte.

II

Al quedar llena la palangana con agua, cerró la canilla para que así cesara de fluir el líquido y luego Nadwa Paluz se paseó con algarabía por ese patio, contando a sus vecinos la riqueza que le propició su primogénito que quiso ser varón del Altísimo. Ante los otros hizo una deslumbrada descripción de su alto potencial. Apenas dejó de ser niño se había despejado de dudas, y enmudeció de golpe por temor a decir tonterías. Esos elogios a Abed produjeron un cálido acercamiento de algunos, ya que

la honrosa detentación de amor al saber le fue dada a ese joven con la marca especial del Profeta, y sin dudas promovía la confraternización de los que de ninguna manera debían participar en la liviandad de actos y valores que había en esa sociedad enloquecida. La fe que acariciaba al rostro de cada creyente no tenía indicios de apagamiento.

Nadwa demostró un feliz fervor cuando habló de su hijo, y después caminó libre al abstenerse de cargar unos pesos (quién colaboró con ella llevando la palangana con agua, era un vecino de hombros redondeados que tenía algunos kilos de más, y cuyas sonrisas le conformaban una idiosincrasia no exenta de conformismos). Por Abed, la mujer caminaba tres pasos y los vecinos la saludaban con gestos silenciosos o con atinadas melodías en sus voces. Nadwa soltaba agradecidos sonidos de su garganta cuando estos se estrellaban con otros susurros que en su corazón se hacían similares a estruendos.

Cerca había un hombre moreno que tenía una envergadura señorial, que nunca se afeitó la barba y corregía cualquier transacción acaecida dentro de su campo visual. Estaba ahí impasible, escuchando y haciéndose oír. Él hablaba con todos de cualquier tema, aún de cuestiones semiológicas. Hacía airadas proclamas, repetía: "Uassalamu alaicum" (la paz sea con todos), y sonreía al decir que no había desafíos temibles. Daba propuestas, se explayaba acerca del desatino de algunos, y definía con cuáles números se depondría a la adversidad. A la par de cotejar los grandes planes de los vecinos, era consultado en forma inequívoca cuando alguien se iba a casar y una mujer quedaría embarazada. Jalid Al-Hayek era contado entre los que tenían fama de santos. Sin embargo, sus bondades de comentarista de la ley eran horribles mutilaciones de acuerdo a la posición que defendía Faysad Abusada, quién no consentía que los impíos introdujeran interpretaciones doctrinales que les estaban prohibidas por la ortodoxia. Él negaba tener una relación personal con Jalid Al-Hayek aunque en algunos de sus textos trataba con nauseas las cuestiones suscitadas por su teología. Los argumentos que tuvo con este (al que acusaba de repudiar bien establecidas tradiciones) se debieron a bien marcadas rivalidades. Abusada creyó necesario hacer en modo prioritario una reelaboración teórica para reutilizar los comentarios de Al-Hayek sin caer en sus espantosas deformaciones.

Dentro de su ámbito palaciego, e inspirado por vertientes de ideas que se alimentaban de la más resistente tradición, Yawad Raed publicó varios libros testimoniales que sostenían a las enseñanzas de Al-Hayek como apocadas, y llegó al punto de llamarlo "un burro que no se cansa de pederrear ya que considera a sus pedos semejantes a las suaves brisas del verano". Despreciaba su actitud y punto de vista general, por lo que se dio el lujo de utilizar esos soeces vocablos. En la insana guerra en su contra que Raed desató, fue aducido que la desunión, el desgaste de la credibilidad de lo que había sido inscripto en tabletas selladas de

antemano por ángeles poderosos, era lo que ese flaco hombre lleno de nervaduras en sus brazos quería para la comunidad. Al-Hayek no tenía métodos de exegesis y despreciaba las profecías; era como si confundiera los cielos con las aguas porque ambos retenían el mismo color celeste.

El buen alumno Hani Saleh no fracasó en entender qué muchas perrerías heréticas estaban incluidas en la obra de Jalid Al-Hayek. Y por supuesto que no ponía ambigüedades al condenarlo y desearle que tropiece finalmente con la durísima piedra de su creación.

Descendiendo por pendientes de la parte alta de la ciudad, dentro del perímetro de tímidas miradas que dirigió Abed Paluz hacía el sur, había implacables obstrucciones de torres y algunos minarettes. Más que mirar, expulsaba su vista por los costados, sentía como si el sol lo estuviera quemando, no veía significados en esas entradas, zócalos, y dispersos árboles. Abed tuvo a bien distinguir entre aquellos que con sus pies esquivaban los charcos provocados por una lluvia que ya raleó, a Jalid Al-Hayek, a quien conocía, y fue su seguidor ya que le dio la primera explicación abreviada de lo que era el Paraíso.

Pese a la declinante humedad, el hombre santo había juntado a una comprimida multitud, y Abed pudo observar los empeños de quienes asentían sus cuentos nefastos, sin saber que ese hombre perdió el apoyo de los maestros más importantes, y los infieles estaban encantados con sus cualidades de dialoguista. No tenía patronazgos, aunque la gente siguiera comunicándose con él debido a innegables costumbres.

Pese a la precisión con que abastecía a su grey de errantes interpretaciones, Abed se sumó a ese espacio para explicarle a ese hombre de fe, su recientemente adquirida reputación de noble, y que el fuego sagrado que le incendiaba las tripas lo convertiría en un soldado de Alá, y haría una aportación interesante al mundo. Resultó que para Al-Hayek, Abed se ubicó entre los aciagos y no entre los perfectos, y no interrumpió su disertación de las cuestiones que aglutinaban el interés de los que estaban a su alrededor. El hombre santo no quiso recoger el orgullo con que el joven Paluz se interpuso y se forzó a sonreír, explicando que son traidores los que adoptan su identidad de creyentes a través de las armas.

Al terminar, Jalid Al-Hayek miró fijo a Abed para decirle qué raramente escuchó peores cosas, también dirigió su vista a otros jóvenes de la Madrasa de Yawad Raed que se le acercaron falazmente, afirmando tener intenciones de abastecerse con sus conocimientos. Ellos no intentaban acercarse con amabilidad, sino que sostenían la mentalidad de acordarlo con temas irritantes.

En verdad, Abed se acomplejaba por las disputas entre Al-Hayek con Raed, y por ende con Abusada. Pero superó esa cruel tesitura

asumiendo una posición que no fue fantasmagórica, sino semejante a la figuración gloriosa de un guerrero de Alá que jamás caería derrotado. Debía esquivar a Al-Hayek en forma esquemática y rápida, a pesar que aún le atribuyera características pías. Hani Saleh le dijo que debido a las flácidas herejías que se envolvían en esos días de cielos apagados, tenía que jurarle que se desconectaría de las misérrimas enseñanzas de Al-Hayek, ensalzándose en una función más amplia con los que se congregaban desde horarios matinales, durante irremplazables frecuencias. Hicieron un pacto de hermandad en el que no tenían valor los contenidos individualistas.

Para el joven Saleh todas las enseñanzas de la Madraza de Yawad Raed estaban de acuerdo a las ordenanzas directas de Alá, y tenían mucho trabajo que hacer, dentro de sus humanos límites y efectuando prolongadas plegarias. No había que compartir nada con aquellos cuyas reacciones eran groseras, y desconocían las bases filosóficas de Raed. Discutir con ellos entrañaba un serio peligro.

Así fue cómo Abed asistió exultante al centro islámico que dirigía Faysal Abusada, aferrándose a sus estudios y siguiendo un camino que considerada necio a Jalid Al-Hayek, quién a fin de cuentas sólo se trataba de un díscolo disertador. No se alcanzaría la trascendencia religiosa dentro de las contingencias modernas.

Los agravios que éste hizo sobre las doctrinas propugnadas por Yawad Raed, llegaron a oídos de Abed Paluz quién por un largo tiempo las retuvo en su mente. Acumuló mucha seguridad porque el dudar propiciaría su debilitamiento. Ahora, limpio de las sosas conclusiones, bien lejos de dónde Jalid Al-Hayek se dirigía a la gente (del ojo de la tormenta, según Hani Saleh), no dio más lugar en su mente a sus disparatadas enunciaciones.

Fue su amigo Hani Saleh quien le quemó los apuntes confeccionados por Al-Hayek, que los miembros de su escuela habían distribuido por la zona en donde vivía su madre Nadwa. Le hizo hecho ese servicio con la justa disposición de separar lo sagrado de lo profano. Hani le señaló que no debió auspiciar las instigaciones ridículas de quienes no seguían íntegramente las enseñanzas de Alá, y le comunicó con urgente solemnidad varias noticias de quienes se extasiaron en los grandes caminos. Juntos tenían que hacer una única concreción espacio-temporal de ineludible grandeza. A partir de ahí, Abed tenía que cerrar sus ventanas a los vientos y no escuchar más las agraviadoras voces de los insensatos, sino oír exclusivamente a los maestros de la Madraza de Faysal Abusada. Por un tiempo determinado pondrán poner su atención en el mundo elemental para sacarse de encima las cosas sin trascendencia, los pequeños deleites.

III

Hani no se reponía rápidamente de sus fatigas, en aquellos atardeceres que se aproximaba a la mezquita en dónde la gente se envolvía en oraciones; él odiaba a Al-Hayek que decía proclamar abiertamente los mensajes de los profetas, pero era un villano que perpetraba sutiles mentiras en contra de sus amados maestros. Pensó que el más importante efecto de su grandeza en ciernes será el de destituir sus enseñanzas. Lo odió particularmente porque casi desvió a Abed Paluz del camino recto al nublarle su razón. Él velaba para que su historia fuera tan cierta como la suya, ambos tenían la incuestionable misión de galopar hasta el cielo. El maestro Faysal Abusada le había encomendado el cuidado de ese joven para llevarlo a la santidad y alejarlo del delirio. Y sentía como le corría mal la sangre cuando escuchaba a Al-Hayek lanzar encendidas palabras.

Retiró a su compañero de las enmarañadas disposiciones de quienes sin estar autorizados se atrevían a contestar a los creyentes, y lo enlazó a los grandes centros del pensamiento islámico de una manera prolija y fulminante, para que no tuviera dudas sobre los objetivos que estaban al alcance del hombre de fe y que servían a sus arraigados propósitos de dominio. La meta era plasmar lo mediano con una brusca transformación atmosférica. Bien explicó Abusada qué las enseñanzas de Jalid Al-Hayek se correspondían con la corrupta y actual época. Eran un paréntesis que permitía la inmersión del caos en la vida del creyente.

Al asir, Abed Paluz, la continente formación de Abusada, pondría frescos humus en la superficie cóncava de su pala, con la que (metafóricamente) cavaría pozos para plantar vegetales que no armonizarán con convencionales falacias sino con la compasión. Su obra será desvanecerse, ser tizado por el caos embarazoso, pero su mirada no estaba en este mundo sino en mejores puertos. Absteniéndose de permanecer sentado y enclenque, Hani se levantó y caminó para dar plena validez a sus sentidos. Vencería los recuerdos, a ese año, y a los siglos que su mente bosquejaba con humilde interés. Extrajo de su indignación las fuerzas suficientes para vociferar en términos no ambiguos lo que significaba ser creyente, mientras paseó sus sombras al ras de un muro externo qué cómo su fe, estaba sólidamente emplazado. Caminó por una azotea que lo alivió, ya que desde ahí veía como la lejanía se hacía pequeña. Sin duda Al-Hayek será incluido en el conjunto de los que sufrirán culminantes destrucciones. Por esto ya no sentía algo de conturbación en las palmas del camino, estaba feliz porque se ubicará en el lado correcto durante el día del Juicio Final, cuándo escuchará los terribles gritos de los que no pudieron entrar al Cielo de los mayores. Será un pavor terminal que observará con fingido disimulo. Enseguida esos muertos impelieron en él una piedad inusitada, y regresó a su aposento poniendo en sus pies n ritmo acelerado para leer y aprender más. Debía

hacer que la mayor sabiduría posible se acurrucara en su alma.

Pero en su cuarto, Hani Saleh no soportó los sonidos rastreros que salían de la calle, y no le permitían seguir con la lectura de los textos sagrados. Eran niños que sin saberlo estaban incitando al mal, por lo que desperdigó severos gritos a los que jugaban ahí... quienes luego de consultar entre ellos se mofaron de él. Se prepararon para crear una desilusión sin suponer que caerían en esta. Hani se obcecaba a analizar gratas reediciones de una afamada compilación, y en las baldosas en que se cruzaban los patios, esos niños procedían sin seriedad ni sapiencia. Era como si revelaban que sus naturalezas rebeldes nunca serían volcadas en las causas eternas.

A gritos les pidió que se fueran a jugar en donde había prados verdes, y no evitó que un fulgor horrendo se adentre en sus ojos, ni el amenazarlos con una estrechez que desconocían. ¡Se convertirán en cenizas y nadie tendrá ánimos para llorarlos! También les gritó que el ardor de Alá por destruir los infieles pendía sobre la humanidad desde el primer día, ¡y no digeriría la rebelión que es el atributo de aquellos que supusieron insuficientes a sus enseñanzas! Los llamó a pensar ya que aún los niños tenían intelectos. "El ruido en contra de Alá causará caídas en los necios que se atrevieron a burlarse de los sabios", dijo (los niños debían volver en sí y respetar esa cuestión básica). Tenían que permitirle estudiar y ocultarse en otro lugar dentro del universo.

Fue tal su enfurecimiento que estuvo a punto de descender y apartarlos por la fuerza del lugar, con la aprobación de ángeles que los miraban azorados. Ellos se inscribirían en su defensa sin hacer polémicas ni mantener intactos sus comentarios pacíficos. Pero no tuvo más que una solución: desquiciarlos con maldiciones, mientras que un fuerte viento tironeaba las mangas de su vestido, y su iracunda presencia era vista y escuchada en cada rincón del vecindario. Todos los presentes supieron de la potencia de Hani cuando se disponía a estudiar, a evolucionar en su conciencia con conocimientos religiosos.

Así los niños se retiraron, llevando sus impertinencias por jadeantes direcciones; quitaron las quejas, gritos y locuras que partían la concentración. Ellos habían estrechado un círculo perverso sobre su cabeza; ¡y si Hani no tenía calma para estudiar, su reputación y don de gentes sufrirían menoscabo, y sus ambiciosos fines hubieran corrido el riesgo de desbancarse!

Con decidida intervención y prediciendo cosas lúgubres, Hani Saleh realizó frente a los niños una verbosa demostración del carácter de lo sagrado, resguardando con mucha ampulosidad a aquello que jamás debería perder consideración ni su significado nutrido por la excelencia. Los niños nunca debieron demostrarse contradictorios o antagónicos con los estudios sagrados. Asimismo (cuando se iban) les aseguró que ahí donde el

creyente escribiera con sus pies a los caminos, árboles de generosas dimensiones se consolidarán frente a los cambiantes colores del cielo. Si resolvían no caminar por los caminos falsos obtendrían la paz y no sentirían más opresión en sus espíritus.

Por suerte esa sedición pronto terminó y los niños se alejaron (unos pocos se quedaron quietos), fulminados por su santidad. Tal vez se volvieron fluctuantes y dudaban adonde ir, pero estaban tranquilos. Y así todo lo que podría ser una aprensión para Hani Saleh, se deshacía de acuerdo a las viejas excelencias concedidas a los que responden con el corazón abierto al llamado a la oración. Hani era un afortunado ya que en él no persistía la perplejidad, y debido a sus convicciones religiosas al desorden lo ponía bajo control.

Abed estuvo de acuerdo con sus sanciones disciplinarias y lo llamó: "el hermano mayor con el poder suficiente para que simples niños tejieran misericordiosas distancias". Jamás la rebeldía treparía más arriba de sus pies, porque lo que ocurrió en esa instancia no fue sólo una revoltosa reunión de infantes, sino una cruel conspiración para quitar de los iluminados pensamientos de Hani al patrocinio del silencio, y así evitar que éste rememore lo que no debía ser olvidado. Por unos segundos se suspendió la guía que este tiene frente a lo misterioso.

Abed Paluz tocó como si fueran pétalos de una flor a las fibras del vestido de su compañero en la fe, abrió algunos libros clásicos de teología, y fue como si una luz blanca invadiera a ese pequeño lugar en el que nunca nada se dirimió con las desinteligencias propias de los no creyentes. Quedaron reducidos todos los vicios de occidente y la permeable secularización.

IV

Yawad Raed escribió la mayor parte de su teología cerca del brazo sureño de un famoso río; en toda su obra sostuvo un inmenso sentido de gratitud a Alá, y registró varias nobles opciones para que ningún musulmán se sintiera abyecto o cómo si su vida estuviera llena de estiércol. Y si tuvo algunos desengaños con las enseñanzas tradicionalistas fue por reivindicar los derechos de los oprimidos.

Recién llegado del medio oriente, se ubicó frente a las puertas cerradas de la Madraza y olió sus fuegos invencibles cómo si los corredores de aires trajeran cenizas de trastornados incendios. Estaba ahí para suponer las formas absolutas y acercar la airada respuesta de Ala a los corazones de los occidentales.

A su llegada recibió avergonzadas muestras de aprecio, en su transitar por las instalaciones, se sintió afectado por algunas presunciones nostálgicas, y pronunció un versículo que exaltaba un gran hecho histórico. Era por un

gran erudito, uno que despertaba un innegable y creciente interés entre sus seguidores. Yawad Raed visitó la Madrasa de Faysal Abusada, y a cada uno de los estudiantes saludó con una atenuada sonrisa, recordándoles en dónde se generaron los modernos males. Expresó que los derechos del individuo y la igualdad social están ligados de manera irreversible a la vida después de la muerte. No había otra posibilidad que agradecer al Todopoderoso, y rechazar esa cultura extranjera en la que éste quiso que se insertaran. Ese fue su propósito con todo el simbolismo que subyaciera o se le asociara deliberadamente.

Ante una pregunta de uno de los jóvenes llamado Muayid Bulos, Raed respondió que los definitivos parámetros de la fe serán instaurados con el cesar del mundo de los infieles. Ya no había tiempo de transmitir la única percepción de la realidad, ahora había que alterar al sistema vicioso porque se alcanzó la madurez plena para hacerlo. No había ambivalencias posibles: ese mundo debía ser percibido como un estadio de animalidad, y las maldiciones ya eran postergaciones; había que canalizar las iras simultaneas de quienes se indignaron (en acordanza a las sentencias infames que pendían sobre las cabezas de los malvados). Lo que tantas veces fue sobrentendido se desplegará en el espacio con una linealidad ensordecedora; el reproche divino estaba en marcha. Eso era un principio que estaba por encima de cualquier quimera y no requería de ningún tipo de fundamentación. Los que no tuvieron sed de saber pasarán por una tempestad muy grave.

El maestro llegado del medio oriente y los alumnos, se apostaron en los balcones blancos de la Madrasa, cerca de amplios ventanales, para captar las grandes verdades en forma más relajada. Desde ahí veían como la ciudad era quemada por un sol morbosos, irracional y perturbado. En regios intersticios de esas instalaciones había canteros con flores que nunca se harían gigantes, pero tampoco adquirirían una famélica pequeñez. La educación fue inculcada a esos jóvenes desde sus tempranas infancias para que adquirieran el molde mental adecuado. A través de un esfuerzo consciente deslegitimizarán a ese mundo que había perdido contacto con la trascendencia.

Muayid Bulos era uno de los que se reunirían con los antiguos comandantes de la nación santa, en círculos que ya no contendrán contactos con los infieles. Era el estadio final de esa vida que ofrecía un paisaje tan limitado; no bastaba leer con frecuencia a los grandes comentarios y usar a destajo al intelecto, también con el cuerpo se reafirmarían las tradiciones santas. A partir de narraciones heroicas que giraban día y noche en su mente (creando acopios de lo eterno en su alma), tomaron la sufriente decisión con la intención de triunfar sobre los mecanismos del tiempo. Se basó en el argumento de que el alma estaría sin mezcla, impasible y separada de la corrupción.

Abed Paluz también se adentró con mucha seriedad en ese balcón cuyas vistas eran rozagantes, sosteniéndose en sus barandas inmaculadas, y sabiendo que su compañero Muayid no tenía más la voluntad de recibir gratificaciones rápidas, sino que abarcaría la inmensidad de la fe como un hombre que no se rebela. Procedería a entrar a la definitiva mezquita sin tener que pasar por los horrendos y descarriados mundos. Entendió al fin que la vía de las concupiscencias les cerraría el paso a logros mayores, y aceptó la preeminencia divina.

Faysal Abusada su unió a la disertación de Yawad Raed y adujo algunas cuestiones semánticas sin peso, dejando que el otro cargara en su voz a las esencias del Saber que con fuerza y persuasión devolverá las cosas a sus lugares prístinos. Lo hará con las limitaciones del lenguaje humano y la sabiduría que éste pronto será efectivamente omitido. Sereno, éste último mencionó al momento en que todo se detendrá y avanzaría un sol mayor del que ahora era apenas un astro que lo imitaba. Había que institucionalizar ese cambio cuanto antes porque se perdió de vista la intención original. Renunciar a la absurda confianza en el presente tiempo, era la prenda de fe que cualquier experto en derecho añoraba de una manera indescriptible. Y eran incrédulos quienes, al seguir con sus convencionales vidas no justipreciaban esos términos.

Con un empeño que no permitiría retacear su importancia y una fe que ningún infiel amortajará, Hani Saleh callará a quienes como puercos ya delataron sus verdaderas y abismales intenciones. Lo hará a través de la recopilación de un único mandato y exhortación individual; sus palabras eran claras. Ellos caerán dentro de implicaciones defectuosas porque no restringieron sus acciones y pensamientos a las leyes que no estimaban, y prefirieron seguir adelante en sus pasiones personales con sus tumultos y contradichos. Creyeron que la vida era un fin en sí misma, oscureciendo lo que los profetas desde tiempos remotos dijeron.

El joven meditó mucho en “Las pláticas para destituir al Infiel” de Yawad Raed, dentro de los embaldosados patios de la Madrasa que guardaban con sus reflejos a antiguas penumbras que no se daban en otros espacios. En su memoria añadió un número notable de comentarios hechos por grandes tratadistas. Luego el joven Saleh habló con la exaltación y el claro enojo del manso. Aseguró que las diferencias de opinión (ijtilaf) acerca de esa misión, no la contradecían.

Para Abed Paluz no había más que balancearse por las anchas escaleras que unían las divididas partes de esa ciudad ubicada en adyacencias al mar mediterráneo, para sentir al placer que da el volátil tiempo cuándo se lo domina con las manos. A este lo asumía como su gran posibilidad, por cualquier dirección que se dirigiera produciría un salto histórico. Ya no tendría que soportar (o eludir) las truculentas presiones del mundo, y durante el tiempo restante su ejemplo será el auxilio que despertará ardores puros en los más jóvenes y con menor ilustración. Debía

demarcar lo que era de Ala para estar dentro de los primeros en su santa jerarquía. El joven sumergió en su mente al recuerdo del pavoroso Jalid Al-Hayek, que sin embargo con sus actos entrañaba alguna clase de piedad. Ese hombre que había tenido múltiple importancia para la comunidad, se desorganizó con desparramadas cuestiones corrosivas.

Haciendo un acompañamiento positivo con su cabeza, Muayid Bulos se había sumado con cordura a los que se apacentarán en vergeles heroicos, porque "dentro de la fidelidad al Dios omnipotente se tejían benditas alianzas frente a las cuales los legos se abstendrán de avanzar" (de acuerdo a una cita del libro de Yawad Raed) ... "Y por la acción de los buenos, no habrá más ostentaciones y las riquezas del mundo se repartirán entre los pobres y los menos agraciados" Las grandes subdivisiones en las que se distribuían los habitantes de la tierra perderán su rigidez y serán destruidas.

Pronto Abed Paluz repitió ese dicho que salió de los labios de Muayid con un abrasador criterio de santidad, y lo ponderó de acuerdo a las concordancias fabulosas que tenía con su hermano mayor Hani Saleh. El tono no religioso de esa declaración no lo escandalizaba; las cosas se irían sucediendo de manera expansiva.

Yawad Raed apadrinó esos tres seleccionados estudiantes durante las campantes circunstancias, y sin efectuar más esfuerzos dialécticos que incluyeran algún otro capítulo explicado en forma denodada en algunos de sus textos, planteó una cortesía inédita en un Maestro con sus alumnos que a su vez dio a entender cuán grande era la confianza que les tenía. Ellos eran a quienes los ángeles observaban y quienes construirán al nuevo mundo. El hombre de ceño amable, de pelo cano y cuya mirada tenía resplandores celestes, adujo que la contribución de Hani, Abed y Mayad sería enorme. Se multiplicarán al infinito y a la vez guiarán y ayudarán a los hombres a recorrer la senda recta. Y jamás se deformarán sus nombres, por el contrario, ya han sido depurados de cualquier insinuación horrenda. Porque teniendo justos derechos a la posesión de algo, los rechazaron por haber sido testigos de las imágenes que se superponían en forma maligna en el mundo.

Raed había aproximado a los jóvenes a ese trayecto de gloria, sugiriéndoles que se asemejaran a personajes históricos y legendarios. Siendo sus compañeros recibirían la paz. De acuerdo a recias ensoñaciones que se enseñoreaban en sus almas, Hani, Abed y Muayid codiciaron las inapreciables riquezas que había en el otro mundo. Y al fin memorizaron en forma correcta cada sura del Corán.

Una vez más Faysal Abusada bajo y subió de a dos las escaleras que conducían a ese balcón de la Madrasa, iy también al tiempo fecundo, a un reino cuyos vestigios eran de carácter fundamental a través la sorpresiva victoria y sus agradables trances! El mundo espiritual trascendía al que

mantiene las formas materiales, y era el centro del conocimiento verdadero.

Algunas otras cosas discurrieron entonces, pero si bien Abusada no acertó sus emociones al hacer el anuncio de los eventos grandiosos, fue Hani Saleh (su mejor alumno) quién explicó el emblema que los conducirá, cuándo ya se hicieron los preparativos necesarios para que todo terminase de la forma con que se inició: con la placidez de los que se hermanan en la fe de los mayores. Ese acto significará una penetración profunda dentro de sí mismos, más allá de la aparente desintegración. El distinguido joven obtuvo sonrisas y consecuentes complacencias de Abusada y Raed, porque durante su cálida manifestación no trastornó al orden de los símbolos. Había llegado a la Comprensión, al sentido más profundo que tiene esa palabra.

Asimismo, Abed Paluz borró completamente de su mente las absurdas circunvalaciones de Jalid Al-Hayek, y al vaciamiento de los grandes ideales que de estas se deducían. Ya nadie discutiría sobre la piedra angular de la fe, ni habrá digresiones acerca de lo que originalmente fue escrito en árabe. A la par que la influencia de Al-Hayek, en Abed se hizo nula (porque una a una sus mentiras fueron aplastadas), la suscitada intención del joven fue no volver atrás de sus imperiosos designios. Su pretensión era permanecer en la justificada centralidad de la historia junto a sus dos compañeros. Mirando a Hani Saleh aseveró qué quién creyó poseer torpes derechos comunitarios (Jalid Al-Hayek), tendría un mínimo tiempo de acuciante esplendor antes de atravesar las últimas y grises zonas de su vejez cuándo sentirá cansancios con sólo lanzar un suspiro. Mientras que para algunos la naturaleza del tiempo era la aniquilación, para otros la vida eterna.

Hani Saleh y Abed Paluz se despegaron abiertamente de aquel a quien Raed consideraba un gran enemigo, alguien cuya falsa piedad jamás lo haría prosperar propiamente. Jalid Al-Hayek, en la comprensión de un verdadero creyente se ubicaba cómo un infame que fingía dar alabanzas a Alá. "¡Puesto que las cosas mundanales lo habían trastornado al punto que descreyó del plan universal, en el que hay que aceptar la muerte como si fuera una mansa mujer que sonríe en forma sumisa!" Dijo haciendo una interpretación coherente y no forzada, de las actitudes de ese "maestro". Luego, Abusada y Raed que se coligaban en sus odios contra Al-Hayek, pidieron a los jóvenes que a diferencia de éste acomodaran sus conciencias al objetivo primordial, asegurándoles que ellos estarán espiritualmente cerca, debajo las cúspides que refuerzan los sitios de Oración. Los tres instaurarán un nuevo sistema para calcular las bendiciones, en el que ya no será necesaria la pluma ni el papel. Haciendo una referencia final de Jalid Al-Hayek, Faysal Abusada sostuvo que la envidia era un mal que jamás cesaría de aflorar de las entrañas enfermas. Ese personaje fue asfixiado largo tiempo atrás, cuando los hombres puros no quisieron

participar más en sus conversaciones abiertas ni en sus tertulias.

Cierto que por entonces hubo una miserable fatiga qué humedeció la cara de Faysal Abusada, pero en ese escrupuloso feudo que pasó a ser el balcón de la Madrasa, éste entonó una oración de vibrantes palabras con la que agradeció a Alá por el ocaso de ese día tan lleno de decisiones, y recitó doctorales salmos que extendían al máximo los viejos saberes. La multiplicidad volverá a ser unidad (no de una forma abstracta), y las limitaciones impuestas por las pasiones serán derrotadas. Faysal se sintió acalorado por haber evocado la sombra hirsuta de Jalid; se enclavó en el rincón más oriental de la pared, y poco a poco se fue afilando en él una dulce sensación de conclusión, e inundó al sitio con nuevas historias que abundaron en bendiciones que eran de una estética altamente refinada y se relacionaban con las enseñanzas metafísicas. También meditó que las cosas ocurrían de acuerdo a extremos acertijos: en una mañana fulgurante se concebía una matanza, y a la tarde uno se dirigía a la mezquita para hacer la oración con aire piadoso. La revelación fue dirigida a todos los hombres, aunque muchos no tuvieron la capacidad de entenderla y ni siquiera percibirla.

Muayid Bulos no recurrió a un elocuente empeño vocal, pero asumió su compromiso con sílabas tiesas, porque al final no comprendía bien lo que iba a hacer... sus esfuerzos loables no alcanzaron, y debió ser orientado por sus maestros. Le dijeron que aquella ordenada transición será una palmaria manera de vencer al tiempo, pese sentirse pesado, arrastrar sus pies, y ser molido por la fiebre de querer llegar lo más rápido posible al lugar más codiciado, en donde tejería a su veraz destino. Certeramente llegará a la perfecta Ciudad, donde ya no tendrá problemas para subsistir y alcanzará la excelencia. Y aunque en la mente de Muayid se filtró un pensamiento acerca de las sombras o del canibalismo de la luz, sostuvo con debilidad qué aprovecharía ese momento notable. Sin dudar, dará sus tercas cualidades juveniles para mejorar la sociedad.

Abed Paluz sintió la vanidad del qué siempre pretendió ser tenido como un ejemplo, aunque no fuera más que un mediocre carente de alguna maestría; en cambio Hani Saleh hizo una masiva recopilación de sus aciertos y errores, pariendo un necesario conteo con la punta de su lengua, lo que quedaba en ciernes era componer en forma fáctica lo que ya había sido pactado con Faysal Abusada y Yawad Raed. ¡Esto en esencia era alzarse sobre vistosos sitios, para llegar a una vastedad imposible de imaginar! Su éxito será oído por los musulmanes desde el Níger a Indonesia.

Emocionado, Hani hizo un vaivén con los hombros: ¡se confundirá en un abrazo con quienes se destinaron a batallas sobrehumanas! Estará con quienes ahora solo veía a través de cuentos y metáforas. Junto a Abed y Muayid tomará las armas de la fe cuando el sol caiga sobre su ladeada cabeza, por haber sido aquel que sopesó las terribles consecuencias de la

infidelidad, y se lamentó por la frivolidad y las demás producciones indecorosas. El resto consistirá (como dijo Yawad Raed) aguardar cómo quienes no se desconcertaron ni se revolvieron durante el compás de espera, los que esperaron desde siempre la suerte que Alá les reservó, y se diferenciaron de los otros al igual que muchas figuras del sagrado texto.

Abusada y Raed ya no opondrán otros consejos para dirigirlos, ni les harán derivadas amonestaciones. A partir de ahí sus indagaciones sólo serán concebidas por sus intelectos. ¡Gracias a sus sólidas posiciones, al seguro sostenimiento qué hicieron de la fe, cesaban de ser discípulos para convertirse en guías espirituales, dejando atónitos a los que sobrellevaron al oficio de maestro por tiempos prolongados! Se convirtieron en hukama (sabios) que romperán con las desarmonías con sobriedad porque no se daban el lujo de perder más tiempo. Esto, aunque sus reputaciones no serán ensalzadas inmediatamente dentro de los párrafos consuetudinarios de la colectividad (ya no se encontraban dentro de las series de condiciones humanas que fatigaban en extremo a los creyentes comunes). Aunque resolvieran un perenne problema que fue exhaustivamente tratado en fuentes islámicas tradicionales, e iban más allá del tozudo intento de vivir. Los tres habían reunido el coraje de comprender, y hacer frente al encarnizado misterio que los obligaba a dejar de lado a fatuas comodidades. Romperán las barreras y estructuras terrenales a través de un viaje fenomenal.

V

Esto Hani Saleh lo haría para allegarse al lugar en que era distintiva la presencia sagrada: en el que abundaba la fidelidad a Dios, y los santos ya no se encajaban más con sus trastos en opacas residencias. El tiempo con sus pasados ya no intervendrá más, y lo que vendrá después de la resurrección serán maravillas que no dependerán de la memoria. En el mundo tuvo la irremediable sensación que se escondía por sus pasillos de la Historia, mientras soportaba grotescas ignorancias y temores ancestrales. aunque sólo caminó voluntariamente en busca de las guías de ese aprendizaje final. Desde que el tiempo era tiempo éste existió cómo una brevedad, y la compañía de los otros sumará a lo que sería un apocalipsis glorioso. La imagen de sus cuerpos cayendo a tierra será una ilusión que pronto acabará por deshacerse. "¡Quién se desmadró, encontrará su cauce y quién se perdió en el camino, Alá lo llamará al Saber, que es uno y no se encuentra en la fugacidad!", dijo sucintamente. Se hacía muy sensible a los signos de Ala que eran predestinación, medicina, y alejamiento de la maledicencia.

A ese ideal lo desplegará en la mañana infectada por las lentas cualidades que se daban previsibles en los terrenos en donde el Orden fue astillado. Su obra se basará en la exposición física que reunía el carácter de la cotidianidad. Hani Saleh miró un punto en el cielo, y arqueó su espalda

al susurrar a un versículo sagrado, y acto seguido bajó la vista para ver desde esa sección de la ciudad como caía el rodante poder de la tarde. La gente se movía sin conciencia de Ala, entendiendo que lo único eficaz eran sus experiencias subjetivas. El joven enderezó su cuerpo para con una mejor postura obtener una visión más amplia; incluso pudo divisar a la Verdad en el caudaloso organigrama que formaban los apilados helechos de los canteros que había en la azotea, que asimismo se arrogaban caminos milenarios sobre las esas mínimas distancias construidas por Alá. Estos se organizaban en círculos y se entrecortaban en ciertos puntos, y sus epopeyas consistían en extenderse al máximo por escasas superficies.

Yawad Raed aseguró que para Hani, Muayid y Abed aquel será el perfecto período de prueba, y a través del coraje alcanzarían la bendición. Unirán al mundo en el que las personas y los objetos se materializarán en la nada y ya no podrán diferenciarse. Sus acciones no sólo serán la noble transcripción de lo que estaba escrito, sino que cumplirán con los más altos deberes sociales. Con esos movimientos reflexivos acusarán a los infieles, indicándoles cabalmente que nunca cesaron en sus condiciones de bestias. En sus asientos más elevados de ese balcón, Yawad Raed y Faysal Abusada coincidieron en que las ruedas meticulosas de la vida se transformarán en gemidos, pero "las buenas acciones desprecian al placer o al dolor, y se concentran en la accesibilidad a lo eterno". La única manera de descubrir la verdad era descifrando la mentira, y eso era no sólo complicado sino también doloroso.

Al levantarse de su pequeña butaca, Hani Saleh observó al cielo azul que siempre lo acompañó durante cada uno de sus pasos desde que aprendió a caminar por sí mismo. Estos contenían pequeñas palomas que en su imaginación pasaban por águilas. Manteniendo sus modales pacíficos pidió permiso a sus profesores para cubrir sus necesidades naturales. Pronto vio su huesuda forma en el espejo que había en el baño, que lo mostró con una cara repulsiva pero llena de nobles invites a la ferocidad. El mundo de los impíos ya no podía seguir moviéndose en forma desfachatada mientras que estos no se comprometían ni se conmovían frente a los misericordiosos llamados a la conversión. Ese fue el último refulgir de su personalidad que se permitía antes de verse cara a cara con sus enemigos. ¡Porque las pequeñas parcelas del mundo no tenían nombre y merecían ser olvidadas!, Hani Saleh se observó en el espejo con una satisfacción que consideró un buen presagio de su destino redentor. Jugarán la coacción y el azar; la violencia surgirá como garantía del orden eterno y la necesidad de un cambio. Todo se mantendrá y cambiará.

Muayid Bulos no repudió las específicas afirmaciones de Saleh, pero tampoco se aventuró en hacer marchas intelectuales para distinguir lo cierto de lo arbitrario. El Absoluto tenía su propia inmanencia sin necesidad que él hiciera reflexiones. No haría precavidas reformas de

acuerdo a algún sueño acogedor; sólo se identificó con ese grupo que hablaba de la eternidad y de los reconocidos prodigios de antaño. De tanto golpear las puertas con esperanzas vanas, e introducirse en sueños descascarados, se acercó a la suprema aspiración de santidad para obtener la investidura que yace dentro de cada musulmán a quién la serpiente nunca pudo picar, y desdeña al peligro haciendo gestos de honrosa suficiencia. Recordó la aldea en donde pasó su infancia, y también pensó con beneplácito en esa ciudad europea cuya imagen arquetípica él estaba a punto de modificar.

Abed Paluz cotejó ciertas clases de ropa que fueran aconsejables para esas grandiosas circunstancias, con variadas y estúpidas observaciones que descargó en el aire, y llegaron inmediatamente a los oídos de Hani Saleh. Esas insustanciales palabras lo inquietaron; no se colocaba la mente en un estado más puro si no se hacían desaparecer las trivialidades. Pero enseguida tomó nota de las pobres aptitudes intelectuales de quienes estaban detrás suyo, y ponto relató a "aquello qué sucederá" cómo si se tratara de algo común o rutinario (pidió que nadie se adelantase, ni atosigara a los demás, ni pidiera dilaciones o inútiles amparos). Actuarían con vivacidad, Hani anticipó que esa feliz ruptura dará el sentido final a sus vidas.

Después de recibir las bendiciones de Jalid Abusada y Yawad Raed, las siluetas de los tres hicieron las últimas sombras de ese día. Estas señalaban que giraban, avanzaban, y que al mover sus cuerpos aún estaban despiertos, aunque estaban exhaustos. Antes de acostarse murmuraron acerca de personajes con legendarias erudiciones, gracias a los cuáles siempre se mantuvieron alertas. Luego anudaron algunos sueños que eran los tiempos perdidos de siempre.

VI

Al siguiente día los tres se adentraron en avenidas por dónde pasaban colmados autobuses, con la idea de no avanzar aún sobre una designada zona. Pasará algo divino, pero eso no impidió que en los ojos de Abed Paduz corrieran unas pocas lágrimas. Miraron a lo ancho que había alrededor cómo si fuera un páramo estrecho y miserable; los jóvenes hablaron con sorna y sin precauciones de aquello que estaban por hacer y les parecía de una ensordecedora grandeza. Si bien sería algo infrecuente, la variedad de hechos que se sucedían en un calendario lo eran en parte.

En esa ocasión, Hani Saleh fue arrinconado absurdamente, o se metió en un curso catastrófico que no fue más que una riña de borrachos. Eran personas con sentimientos encontrados que se amenazaban; uno juró con su potente mirada azul crearle al otro brumas y catástrofes. Hani se escindió de esa escena con la fiereza de un genio que es soltado a los vientos antes que chocara contra las rocas; aquello fue contrariado

rápidamente por sus pies qué nunca se incluyeron en salvajadas (ni se atenían a estas). En esos signos sensibles de agresión se percibía la ambivalencia de esa sociedad. A Hani nunca le agradó ese tipo de bataholas, y miró a los que peleaban en la calle fingiendo lástima desde una profunda ajenidad, asemejándose a un ángel o a alguien principesco. Sabía bien, desde el fondo de su alma, que traía un plan para poner a todos esos infieles de rodillas. Con felicidad se abrió paso al entender que a ellos les correspondía la certeza de la nada, mientras que él danzará en el paraíso. Esos maldicientes cesarán de existir de un momento a otro... y vio como sus huesos se salían de sus moldes y se rompían en forma miserable. Se alejó con su flaqueza, las venas saliendo de su piel, su quejosa sangre y sus ojos negros, sintiéndose muy animado al deducir que aquello acabaría.

En ese mismo lugar de la ciudad, las últimas convenciones hechas por Muayid Bulos no fueron ceremoniales. Se negó a adscribirse a brillantes palabras, en un tiempo en que no había necesidad de hablar para retener la espeluznante grandeza que lo alejaría de los embaucamientos materiales con los que se ensoberbecían los infieles. No era razonable hacer un espinoso esfuerzo para explicar cómo serían las cosas. Se arrimará a lo incuestionable, con tan sólo poner sus pies en un confín en el que habrá un barullo inmemorial (lo que era una gran previsión del Cielo). Pero no dio lugar a la jubilosa celebración y visión eufórica que tenía Hani Saleh.

Este se alegró frente al poco firme Muayid, declarando que ya estaban entre los que trastocaron al orden infernal porque no se quedaron inertes. Lo que los tres encontrarán al rasgar los vértices urbanos, será la felicidad de un segundo en qué se abrazarán al más amplio panorama (en lugar de lo que antes se reducía a algunas sillas y una mesa). Se harán inmortales y obtendrán la masiva universalidad. Mientras los convencionalismos de Muayid Bulos y Abed Paluz apenas eran símbolos azarosos, los de Hani eran exquisitas Cifras. No había en él decepción ni impotencia antes de hacer el esencial y milagroso trabajo.

Los tres llegaron a un lugar alto cercado por nubes plateadas, con vista a sierras y mares, desde ahí Hani Saleh auscultó las frívolas risotadas de quienes distraídos se sentaban en las mesas de los restaurantes a comer. Pero se abstuvo de analizar demasiado a aquello, para preparar bien al plan por el que madrugó en ese tempestuoso día. Como hombre con reputación de ser profundo e inteligente, habló con serenidad, y le pareció que enfrente suyo tenía una ciudad encantada. En ese entorno originarán una lucha de indivisas consecuencias, en la que el infinito conjunto de lo ejemplificador se incluirá dentro de los círculos que tejían sus pies. Y aquellos que quedaran atrapados en el medio de sus escrúpulos, les caerá la Sentencia Sabia desde altas cuestas cómo ya había pasado en otros sublimes momentos de la historia. Con suave rigor decretó el fin de la tristeza y de los estériles sueños. Su interés tortuoso

estribaba en atrapar a un buen número de personas con fina intrepidez, juntando en su corazón a aquellas tradiciones que fueron obsequiadas al inicio de la Civilización, en un único acto que ensanchará al máximo su cruda función como creyente. Entraría en un espacio en el que no daría vueltas, ni se perdería, porque no habría salida o mejor dicho un camino para salir. La razón de esa destrucción será de índole sagrada, y se deberá al agravamiento de las condiciones opresivas. No podía ser musulmán y padecer la bendición de la sabiduría cautivante que chocaba con constantes aberraciones. Y se sabía bien cuál era el resultado de las tramas en las que se ensalzaban los infieles.

Agregó algo permitido por Faysal Abusada: revisiones históricas que le contagiaron el espíritu del eficaz pasado. Itinerarios cuyos signos no fueron genéricos, tiempos de celebración ya que a pesar de llenar las grietas con sus sangres se vencería a los indignos. Hani Saleh se entusiasmó por la llegada de ese tiempo hermoso a su vida, y por dejar atrás las continuas fricciones y asperezas. Se liberaría de cargosas ataduras. El estupor de esa libertad tenía un gran peso en su conciencia, y las aparentes barbaries no eran otra cosa más que una increíble santidad. Él siempre recordaba devotamente a los que fueron con la fragilidad de sus huesos, y ahora estaban vivos y espléndidos en el paraíso. Ellos lo convocaron para que asumiera a ese compromiso indispensable, para que cesara de tergiversarse su destino, renunciara a las distracciones, y sin exagerada modestia declarara la guerra contra los malos hábitos y las falsas religiones.

Llegó hasta el punto en dónde se bifurcaban todos los caminos, y experimentó un piadoso sentimiento en el aire con la conciencia que los atacantes y los atacados se desconocían mutuamente. Al mezclarse se sacarán las máscaras, y los infieles se darán cuenta que nunca corrigieron sus errores. Hani creía que será muy bien reputado por poner los puntos sobre las íes en el mundo al licuar su superficie. Era uno que ya no miraba a este con una paciencia impura, sino que actuará, ya que de nada valía emitir descompensadas sentencias que se tornaban circulares, ¡él pondría los fuertes contrapesos! El mundo de los infieles era tan decepcionante que merecía naufragar.

Asimismo, Muayid Bulos observó que de la nada no devengará materia que se pudra o se pusiera rancia, y que había que no había que contentarse con el adiós; a esa competencia del adiós había que poner entre comillas. Sabía que al final de su larga introspección estaba la muerte, y que en los periódicos se imprimirán feroces noticias con las que él en ningún momento entrará en desavenencias. Tal vez tocarán las problemáticas de esa maldita sociedad en varios puntos. Muayid apuró sus pasos como si no quisiera que se le acerque su sombra, porque el temor que subsistía en puntillosa forma en su corazón, le haría creer que se estaba dirigiendo a una meta desvariada. El temor era la obra de su mente, algo que no desarmaba en esa marcha que hacía a la morada

eterna con flacidez.

Montones de absurdos no desaparecieron de su mente al recibir la orden de Yawad Raed, cuándo el cielo continuaba siendo de un macizo celeste como lo fue en el primer segundo de la Creación. Raed les había hablado como un padre, un dichoso maestro y un rey lleno de amor hacia sus súbditos. Contendiendo con su temor, Muayid adujo que todo se enderezaría cuando se cumpliera el tiempo justo, y pronunciara las palabras poderosas. Entonces verá que el fuego no era otra cosa que el sol del amanecer.

Al bajar de esas alturas, Abed tuvo plácidos síntomas de despreocupación; no tenía más que leer algunos carteles y acercarse a la gente con genuina alegría. ¡Estaba entre aquellos que levantaban la vista y concurrían a demostrar su fe con la tez brillante! Se sentía algo minúsculo y endeble frente a su inobjetable misión. No sabía si después lo encontrarán para honrarlo cómo el ejecutor de tan solemne martirio, igualmente a él no le correspondía analizar esos tensos finales que serán numéricos y correlativos. Tampoco le correspondía hacer traducciones literales o metafóricas de lo que sucedería. Sólo fue entrenado para hacer un importante malabar físico, y adjudicar ciclónicas responsabilidades a los que se negaron a oír las misericordiosas palabras que los llamaron a la verdadera paz. Gracias a él ponderarán las cosas como realmente eran sin apelar a sus típicos descontroles.

Abed Paluz repasó al sueño que tuvo durante la noche, en el que castigaba a los impíos y a los bobos que se metían en componendas. En el que se vio a sí mismo manso, con su rostro abundando en sonrisas, con un amor que se hacía más potente al acercarse más y más. Pronto el mundo se sacudirá por ese justo anticipo de la ira de Alá, puesto que muchos no quisieron oír sus notables palabras que fueron consejos y mandatos, pero también advertencias. El orden actual que era plenamente una mentira, será decapitado. Yawad Raed había dicho que únicamente así serán suturadas las heridas que sufre diariamente el creyente, en tiempos en que las legiones de impíos no dejaban de multiplicarse. Resultaba tan imprescindible ese acto que una conferencia de ángeles ya lo decretaba en los Cielos.

Con su celo angelical Hani Saleh se detuvo por completo frente a una alta torre, en donde manifestó un piadoso sentimiento de apertura hacia el mundo, o a lo incomprensible que en éste había; abrió los brazos (cómo solía Faysal Abusada) con una expresión amorosa. Observó lo que había en esos contornos, asombrado y recitando unos versos sagrados y breves que tuvieron un total dominio sobre su vida. Pronto serían deshechos los mezquinos intereses y lo que fueron descuidados ornamentos con los que tuvo que lidiar durante tantas ocasiones; episodios que no tuvieron relación con lo esencial, tintas que se unieron en manchas en vez de conductivas letras. Su felicidad no estribaba en percibir las apariencias,

sino en ser leal a lo eterno e inmutable y superar las mescolanzas que lo separaban de esos grandes horizontes. De acuerdo a su idílico mirar, su piel y sus huesos no sólo se convertirán en nichos que propiciarán hecatombes de fuegos, sino en benditos instrumentos de destrucción. Hani borrará del mundo lo que tenía de negro. Ya que la Verdad y la Fe se ensancharán con la gran explosión, y la imagen de sí mismo qué prevaleció en su mente era la de un hombre degradado por su impresionante triunfo. Su merecida reputación será brusca, inocente, hecha del persistente sacrificio. Se asemejará a la magnitud de un viento que derrumba los techos de pajas, a una estruendosa articulación que estaba ansioso por develar. Luego, los sueños ya no se cruzarán más por su mente cómo lo hacen los sedientos riachos con la tierra, y los ángeles de Alá lo llevarán al Destino en el que ya no hay confusión, donde el conjunto de doctrinas y normas santas se respirarán, por lo que se hará innecesario su estudio. Todo eso lo ejecutará en un intempestivo instante, y quienes atrás quisieran retener riquezas materiales se convertirán en cadáveres. Ellos se movieron siguiendo a corrientes de personas que no tenían ideas claras ni precisas.

VII

Faysal Abusada era un hombre sujeto a excesos pasionales, que sobrepasaban un poco a las usuales colecciones de sentimientos que cualquier hombre acumulaba durante su existencia. En sus enojos insertaba referencias históricas, ciclos bien reconocidos por los creyentes. Cómo cualquier otra persona, obtenía satisfacciones y torneaba venganzas a través de flexibles sucesiones de sentencias, pero jamás en forma imprudente sugirió maldiciones como salvedades lícitas ni se alejó de indiscutibles matrices en sus enseñanzas. Sus respuestas siempre consolidaban la tradición sin utilizar argumentaciones que la deformen. Proclamaba procesiones por los siete cielos, y llamaba a no extraviarse por desiertos que ni siquiera los beduinos reconocían.

Al salir de su casa, y saludar por costumbre a su vecino con una prolongada sonrisa que antecedió unos vaticinios amables, vio a Rabab Jachram detrás de un cartel sujeto con argollas a un toldo, y aceptó someterse una vez más a su irrazonable escrutinio. La mujer que no creía en las caravanas de sus revelaciones, le dijo con indignación algunas cosas que sonaron agresivas, y lo llamó a que se adentre en su tienda. Era corpulenta y tampoco existió fragilidad en la manera en que le habló, y a aquellos que la perjudicaban, los paraba en seco o los perseguía por la entera metrópolis. El entristecido Faysal le dijo que sólo era un humilde predicador, uno que por razones secretas se fue a vivir a Europa y que guardaba en sus memorias grandes enseñanzas que le daría como un generoso trueque; con el devenir de la charla se transformó en un manso cordero que sólo pedía un precio más bajo. No podía desvanecerse

continuamente ni ocultarse en esa infeliz ciudad.

Detrás de la mujer que regía sobre algo temporario o era la dueña de una propiedad, había un pequeño perro y otra mujer que traía otra mascota un poco más peluda. El hombre era descuidado en pagar sus cuentas, y Rabab Jachram había hablado con su abogada que le propuso varias opciones. El disconforme Faysal lanzó un balbuceo, mientras su interlocutora sacudía frente a sus narices un papel que reuniría precisos requerimientos legales. Se cansaba de hacer tantas invocaciones quejas, y se había autorizado a hacer contenciosas acciones.

Abusada abrió sus delgadas fosas nasales para aspirar al pegajoso aire, y pensó en aquellos jóvenes que ya disfrazados con la lejanía estaban a punto de obtener la sabiduría más grande, la que se obtenía por caer dentro del radio divino. Ellos no soportarán más las molestias cotidianas y reducirán las cuestiones de la fe a un único Signo, mientras que él continuará viviendo entre los estrepitoso, disturbado y contradictorio de esa díscola sociedad. Los hábitos de los tiempos lo seguirán enfermando, mientras era testigo de desatinos absurdos como los que le planteaba Rabab Jachram. Él no sería parte de esa alegría que fue urdida en el anterior anochecer que se cerró un tanto sombrío, y permanecería fuera del paraíso, escalando por las paredes montañosas del mundo, y entregando a los demás consejos y tutelas. ¡Ah, como los envidiaba porque sus vidas se acortaban de tal forma!

Por lo pronto, frente a Rabab Jachram repuso una estrategia que en general fue exitosa, le habló de las sinceras ansias de aprender que se reflejaban en sus hijos, y también en que nadie experimentaría hartazgos en lo que al verdadero Saber se refiere. Estaba ahí para ayudar, y para que nadie de la comunidad se sintiera forastero o indeciso. A partir de los misterios develados y de la seguridad que da la fe, Hamza y Tayyeb crecerán como musulmanes entre los infieles que se encrespaban con muchas vilezas frente a lo sagrado. Si se quedaran solos frente a los que apostaban a lo satánico, esos jóvenes flaquearían y sus cálculos se harían quebradizos.

Complementando la denodada tarea de Rabab Jachram, se acercó una mujer bastante obesa que luego de atar a su perro, se dirigió directamente a Faysal Abusada, y le exigió que pague con un grosero gesto cuya finalidad fue ofensiva. Lo miró de arriba abajo sacando a relucir sus grandes dientes, e hizo un círculo con un dedo que incluiría toda la ciudad, y al presente y futuro, explicándole que lo perseguirán cualquiera fuera la extensión del espacio o del tiempo en que se encontrara. Ella no le tendía una nueva y exquisita prorroga, ni recomenzará la relación a partir de sus afanosas reticencias, sino que pretendió que pagara con celeridad la deuda completa o esas cuestiones serían entregadas a otras personas que se plantarán en su contra dentro de una posición de acérrima enemistad. Por centésima vez le aseguró que

en ese país no terminaban bien las historias de los usurpadores.

Abusada ignoró la sanguinaria actitud de la "gorda", y dio a ambas una bendición para que quedaran entre los que se levantarán con sus pies, y se encuentren entre los que volverán al punto de origen. Y con un espontáneo drenaje en sus piernas se alejó de ahí, alegando que tenía que visitar otra gente, enseñar a otros creyentes, y andar por vías riesgosas para combatir la perniciosa ignorancia.

Así el maestro se sintió atrapado en ese pozo ciego, moralmente dolido, inmerso en un crítico rol que nunca cupo en las suposiciones que hicieron prohombres antes que él. Los escuerzos diabólicos se oponían a los grandes comentaristas de la ley. No bastaba su apartada elocuencia para hacerles ver que con sus prepotencias se excluirían de lo bueno, de la misericordia, del sentido de la vida. ¿Por qué se remitiría a una angustiosa confrontación hecha por mujeres? Cuán cruel y espeluznante era una realidad en que dos mujeres se atrevían a trabarlo en las calles. ¿Por qué ese Estado opresor les daba ese derecho? En esa inmunda sociedad estaba el germen de la rebelión, la apoteosis de la falsa libertad que se volvía cada vez más impertinente.

Faysal Abusada que estaba empoderado por la Revelación ensombrecía forzosamente su semblante cuando consensuaba con quienes deberían tener una absoluta inoperancia legal, encerrarse en sus hogares y agobiarse únicamente en cuidar a sus maridos e hijos. Ellas no pugnaban para que hubiera continuidad en su voz profética, sino que a sus deslucidas prácticas las hacían para avergonzarlo y hundirlo en el descredito. El papel que jugaban era una atrocidad, un disparatado ensamble que para un verdadero fiel representaba lo nefasto. Y las sucesiones generacionales mantenían esas tendencias que nada tenían que ver con el pasado.

A un costado yacía un hombre de la comunidad que pedía limosnas; éste no fue reconocido por ninguno de las partes que disimuladamente riñeron, cuando se golpeaba con sus puños a sus entrañas pronunciando un versículo sagrado que después de un tiempo se convertía en una canción alegre y moderna.

Rabab Jachram estuvo de acuerdo en dejar partir a Faysal Abusada, aunque éste no le pagó la cuenta exigida. Se sacó un pañuelo para secarse los labios, luego de suponer que había destruido con su discurso a sus ilusiones de preeminencia. Por supuesto que le lanzó una aproximada amenaza que sirvió como una enervante demostración que no se quedaría más tiempo pasiva, y que en cualquier momento comenzaría un juicio a pesar de sus lábiles bendiciones. Se afirmaría en el poder que tenía, desoyendo sus vaticinios de fracasos.

La proposición que Faysal le hizo dentro de ese escenario de intensos movimientos callejeros (más allá de ser una renovación de sus temores), se trató de una serie de dichos compromisos "qué entusiasmaron a los creadores de la nación que quedó bajo la soberanía del Misericordioso". Su actitud no era tosca, sino vastamente espiritual; lo contrario a él era el enorme infierno, el matadero, el lugar donde degollaban las cabras.

El hombre pidió tiempo y dijo que todo debía ser hecho de común acuerdo y con la sana voluntad del creyente (aunque su discrecionalidad fue similar a los que no hacen cuentas y desagotan sus responsabilidades). Y el tiempo era una cuestión de percepción, la selección de alguna forma de pensar, casi un estado de ánimo. Afirmó que ella sabía de sus orígenes y sus tribulaciones, y qué él entendía que cosa es el oro y en que consistía la espiga de trigo. Dio un testimonio parcial que incluyó una queja por el hambre y otra por la holganza, y agregó otras cosas que no se entendieron porque fueron murmuraciones muy rústicas.

VIII

Algunos pocos embelesos de la fe fueron una vez más explicitados por Hani Saleh, para contradecir a esos ambientes en donde se inmolarían cómo santos. Se dirigían por esa calle de aparatosos pabellones de cristales, en cuyas esquinas había regios restaurantes dónde la gente efectuaba anárquicos festejos. Sus rostros se reflejarán en la transparente claridad de esos vidrios espejados, y no levantarán la voz para dar lugar a la protesta o la denuncia.

Ahí el joven Hani apareció frente a la multitud con su figura sonriente y menesterosa, sus gestos llenos de una definida dureza debido a sus graves prerrogativas, proyectando su ingrata sombra sobre esas paredes de cristal y sugiriendo apoltronados a indiscutidos asombros. Por razones que desconocían se convertirán en símbolos dentro de una negativa mitificación. Saleh sintió como una felicidad a su temor y temblaba ambicioso, porque la persecución de los grandes ideales se concretaba. Tenía que ensancharse un poco para intervenir, y con sus prudentes pasos crear una gangrena, ya que allí adónde iba cómo hombre de fe, se hacía digno y lleno de bienes, además de encontrar las más altas sabidurías (y la emoción de poseerlas). Tal vez a esas densas multitudes les parecerá que era un monstruo porque nunca comprendieron la vida espiritual que se había obligado a llevar. Su misión se desatará en superpoblados sitios y no en descampados improbables, y será durante el viento refrescante que anulaba al asfixiante calor.

Por entonces su compañero Muayid se conmovía por su incompreensión de las metas básicas y sus endiablados temblores. Había leído bastantes artículos dedicados a lo que estaba por hacer, que eran opiniones de opiniones de sabios que vivieron en la antigüedad y en tiempos más

modernos. Porque la razón de la horrorosa explosión que estaba a punto de iniciar se traspapeló con sus voces ocultas (que juraban qué las medidas que regían en los infelices abismos no alcanzaban a los mártires). Obedeció a las potentes posibilidades abiertas por esos grandes maestros, los que en secreto lo seleccionaron para ser parte de esa necesaria vanguardia. Desganado, con la cabeza caída y un poco desorientado, Muayid se dejó llevar, suponiendo que a su alrededor los fofos ídolos que los infieles reverenciaron, se vaciaran de sus falsas grandezas en ese mismo día qué era uno de los miles en que los había cruzado, y también el último. El mundo se desvanecería, pero no así su fuente que era la espiritualidad.

Muayid Bulos se vio solo frente al margen estrecho de una calle, rotulando a la gente y a los objetos con desprecio y sentimientos de encono. En ese sitio en que su sensibilidad se formó y despertaron sus ilusiones, los cambios serán estridentes. Se apoderó de lo manso que observaba, aunque el tiempo era corto y lo dejaría insatisfecho. Eran suyas las calles que no se alejaban mucho del centro y aquellas otras por las que sentía un poco de nostalgia. Esas raras elaboraciones de su mente lo cargaron con un sinuoso respirar. Superaría esa primera etapa de su inexperiencia sin aterrorizarse. Con suerte se acabarían las espontáneas incongruencias cuándo quedara todo destruido y el patético mundo fuera fragmentado, de acuerdo al pactado barrido de la luz que estaba por efectuar en ese sector muy concurrido. El lenguaje de los que fueron cercados pasará al olvido y sólo el que hablaban los ángeles prevalecerá.

Abed Paluz no reconoció los estrafalarios idiomas de los sujetos que avanzaban desde una orientación contraria, y provenían de otros países occidentales, frente a ellos tuvo curiosos resquemores que afectaron su caminar. Eran un gran número y no entendían los procesos concomitantes, o los frágiles que eran las zapatillas que calzaban que no les permitirían alejarse. Más allá de la grandeza que desplegaría durante esa misión (por la que será admirado, junto a los otros dos que andaban por esos similares pasadizos), una vez más afirmó que injertaba a ese acto violento en ese mundo, porque no existió el indispensable arrepentimiento en los infieles quienes navegaron con indignidad fuera de las costas a las que habían sido llamados. Por lo que él servía a un objetivo mayor. Del cielo se escucharon a algunas aves de picos curvos que seguían con sus tradicionales y silábicos delirios; tal vez imitaban versos, pero lo más factible era que sólo tuvieran el triste deseo de comunicarse.

Abed se diluyó en esa calle atiborrada, sin observar más a la gente que cometió blasfemias contra la fe. Ya no había sentido en sus conversiones ni en oír sus repertorios de excusas con sus tendencias a reducir lo sagrado. Lo que ocurrirá será la aniquilación de sus caracteres, a través de aquello que contendrá un efecto similar al resplandor del trueno sobre

las truculentas hierbas que presentían de un modo acentuado la llegada de las lluvias. Eso pensó pese a la sequedad que sentía en la garganta, con la férrea perfección que imprimió en su cara y le hizo soltar lágrimas de sangre.

La suya era una manifestación espiritual pura dentro del maldito contexto de esa gran ciudad. El joven acarició la bomba que no era más que un símbolo que llevaba en su pecho, y a la vez era tan potente como el sol. La ira y la guerra se escribían en esa fecha como un colosal asunto.

Poco a poco alargó sus pasos en esos derredores, compasivamente, y surgieron en su garganta los suaves murmullos de alguien que, apremiado por los signos de índole divino, fue virando su posición hasta la luz central que hizo que de frente su cuerpo se viera con una composición armoniosa. Parecía un príncipe, o al menos tenía la actitud de uno que frecuentemente se engalanaba y paseaba con lujos por los barrios la ciudad. En su alma ya crecía el sonido estruendoso; corregiría la perversidad del mundo con sólo quitar una válvula del artefacto con sus pequeños dedos. Las vicisitudes de la vida se concentraron en ese único acto mágico, intenso y perturbador. Aquello será tan potente como millones de vientos o la acumulación de las menospreciadas penumbras que se alzan a las noches.

Abed Paluz era uno de los que se ajetrearon en ese inmemorable designio, para abandonar al mundo, pero sin dejarlo a la buenaventura. Recordaba bien las instrucciones, al diálogo que sostuvo con Abusada. Él también se hará un gran maestro que dictará cátedras del orden superior, aunque el único sonido que saldrá de sus labios será: "¡Alá es Grande!". La raza humana puso demasiada confianza en la razón, sin saber que más allá de lo que significaban esas tres palabras todo era debilidad e impotencia. El pronunciarlas lo ponía por arriba de cualquier trasgresión básica, creaba la armonía y fundaba su fidelidad al dogma.

IX

Cuando se sentó solitario a beber el pocillo de café en un rincón del restaurante, Yawad Raed se fijó en varias cosas, y anticipó lo que sucedería como si tuviera un poder mágico, aunque su condición clarividente era de algún modo paradójica. Estaba sentado en una silla arrimada a la mesa, después de haber comido frutos del mar de penetrantes aromas. En los diarios nacionales de ese día aún no se inscribieron las grandes noticias por cuestiones de horario. Raed recabó más datos (en su rostro había una ligera templanza) porque ya se vislumbraba lo caótico, y las noticias se entreveraban con una malsana curiosidad y una carreteada resignación. En la televisión se hizo un enfático reconocimiento de la gravedad de lo que pasó, del brote de lo excepcional dentro lo periódico. Raed estaba muy lejos de donde hileras de personas se hundieron en lodos de sangre, pero con su espíritu cínico

se atribuyó tener esa responsabilidad.

Yawad Raed enfiló sus miserables ojos por el televisor que taponó los oídos de los que se sentaban alrededor con retumbantes incertidumbres. No eran anécdotas de procedencias inciertas, sino informaciones a todas luces incuestionables. Los detalles no escaseaban, y algunos distribuyeron estrafalarios rumores que seguían trajines absurdos. Raed razonó que eso los ayudaría a pensar en lo que hicieron en el pasado, y destruiría a sus estúpidos conformismos.

Raed creó esas explosiones, pero sus pies no estaban magullados, y sus manos aún señalarían los caminos para que las futuras metas sangrientas fueran implementadas. Demostró como en forma natural que la civilización de occidente sería fácil de abatir, y que sólo había que romper con tabúes y represiones y otros tontos artificios dados por la falta de imaginación. Quién fue la serpiente de lengua bífida que estableció esos aciagos cursos desde una Madrasa, no presentaba los signos de la asidua confusión que se notaba en la gente. Su presencia muda no se hacía sentir en esa catástrofe física que indudablemente se ampliaba a cada región de la nación.

Pronto entonó para sí a un cántico que se prendía en su memoria, qué en sí mismo era una felicidad y cuyas letras con denuedo contradecían al temor. Su actitud era omnicomprendiva, y como si esa fuera una muestra de su maldad incalculable, se limitó a sonreír. No sintió opresión en sus ánimos, sino qué le surgió la idea que para entresacar los restos de Hani, Abed y Muayid (para darle sepulturas), se tendrían que levantar hasta las piedras que estaban debajo del asfalto de esas calles moribundas. Ellos usaron su método sin divergencias, con dirección a una escatológica beatitud al saltar directamente los tormentos de esta vida. Sus almas no se extraerán con palas mecánicas sino por ángeles que seguramente bailarán alegres por lo sucedido. Hablarán a las conciencias de los hombres con repobladas elocuencias, y explicarán como los que renunciaban a la religión contradecían los mandamientos divinos.

Quién tenía una indiferenciable presencia fue quien construyó los torvos pasos y las terribles alcuarnias adquiridas por esos jóvenes. Fue el precursor que ahora tomaba distancias para que no cayeran sobre él presupuestos aciagos. Yawad Raed imaginó sus rostros segmentados por la eternidad, y los elogió recatadamente horas antes de iniciar el viaje de vuelta al dramático país del medio oriente en donde residía. Los homenajes serán compensatorios de la exclusión que benignamente se impusieron. A partir de sus ruidosas acciones, del sacrificio que hicieron, su Organización castigó las malvadas asiduidades de quienes ofendían a los profetas, deteniéndolos en sus sofisticadas ciudades y tomándolos cómo pobres desgraciados. Se trató de un expreso reconocimiento a sus malas acciones. Bastaron tres mártires para destripar sus entrañas; ellos se inmolaron en las extensiones abiertas por las que pasaban mareas de

sonrientes aduladores de Satán. Porque las palabras de acusación habían perdido su valor, porque se reían y no creyeron que había Alguien más poderoso. Afortunadamente las almas desnudas de estos serán recuperadas a empujones solemnes por los ángeles, y sus cuerpos se hicieron ruinas. Y ya no tendrán más posibilidades ni obediencias en este mundo inferior.

Frente al cielo, al sol, al mar (aunque sintiendo algo pesados a sus pies), Yawad Raed sintió que cada fibra de su anatomía estaba satisfecha por esa provechosa calamidad, aunque esa variante no agotaba los planes que pondría en marcha. Él lanzó esa maldición de intransigentes consecuencias a través del adoctrinamiento de tres jóvenes fantasmas, que, con discreto arrojo se metieron en el impío pasaje público para censurar pestilentes costumbres. La tradición se comprobó con esos hechos límpidos.

Raed alzó la vista: más allá de lo bueno (o malo) que ocurría en la tierra, vio a los agrupados movimientos de las nubes y pensó que masacraría a cada uno de sus adversarios en sus guaridas. En su tierra, él será distinguido por haber enseñado a esos jóvenes que había una estrecha relación entre la fe y el valor. Ahora avanzaba con plegarias en sus labios hacía más honras y arrebatadoras venganzas.

Hani, Abed y Muayid mataron a docenas, destruyeron un área comercial fabulosa y hasta desarraigaron centenarios árboles, porque aplicaron a fondo sus razonamientos y sabidurías exclusivas. Él les predicó que la vida en esa sociedad era perjudicial para adquirir su única sabiduría, y que de una forma u otra había que invertir los rasgos de las indefiniciones.

Aunque los resultados de sus actos fueron victoriosos, su compaginación quedará en manos de bastardos que alterarán los espesos símbolos creados, haciendo un trabajo sucio que no perfilará la osadía y grandeza de esos jóvenes que destruyeron lo malo y aquello que no era necesario preservar. Pero ese contraste les dará más gloria en los Cielos. Ahora se encontrarían en el otro lado del mundo y sus costumbres ambiguas. Tal vez el comportamiento público en esos nuevos lares no fuera indecente, pensó con un irreverente y caustico sentido del humor.

Asociaron sus almas a un confín devastador para arrinconar a infieles que pasaban horas haciendo corrosivas ingenierías de sus existencias. Sorprendentes estúpidos que se hicieron enemigos de la vida dentro de un marco causal; se obligaron a morir por una argumentación que no tenía fundamentos. Yawad Raed se dijo eso de una manera santurrona, y al recordar a los tres jóvenes armó un íntimo rezo que parodió al llanto. Ellos ubicaron frente a la muerte como si ésta representara alguna totalidad o fuera el punto de partida de algo maravilloso. El hombre endosó algunas medidas oraciones por quienes no temieron afincarse en el Cielo, en un portentoso minuto que se asemejó al

infinito. Se suprimieron del mundo para no ser idénticos a los demás, ni no ser embaucados por sus misterios.

A pesar de asentar en su mente esas sensacionales conclusiones, negaría cualquier vinculación con esos hechos, y disolviendo su franqueza afirmaría (si fuera necesario) que esos jóvenes fueron penosos e inútiles estudiantes. O fueron víctimas del delirio con todo lo que esto tenía de emocional. Pondría buenas intenciones de colaborar con las autoridades, haciendo aterrados ademanes que serán más mecánicos que reflexivos. En verdad no pertenecieron a su institución, a lo sumo fueron unos que se agruparon en ese medio. No trasuntará ninguna tristeza por la suerte de esos tres, ni dirá que ahora subían por escalinatas de oro o cruzaban puentes tornasolados. Fueron idiotas con falta de conocimientos que se lanzaron al desatino.

Un torcido viento qué llegó del mar, le revolvió un poco sus cabellos. Su magisterio infalible nunca entró en ese juego, y su teología no será sometida a polémicas porque él disipará las dudas oscuras. ¡Desde luego que no demorará en dar nuevas preposiciones de paz: ya qué estas eran perfectas certezas que se encuentran en el ombligo del buen creyente! Su amor al otro era sincero y en sus ceremonias despotricaba contra el odio.

Con el auto, Yawad Raed pasó por bosques que estaban decorados con ramales y piedras, y filosofó en la razón de existir con una bella mujer a su lado que había recogido unos minutos atrás, quién no injería lo que ocurrió y le dedicaba misteriosas sonrisas. Ella lo glorificaría después de esa prueba, le dará un placer que en su fragmentario final será la perfecta sintaxis de su victoria. Tenía ni más ni menos que las básicas cualidades de una excelente prostituta, que enfáticamente creaba una muy buena relación con su cliente a partir que se inició su traslado. Ella no profesaba un modo de pensar que difiriera de un aquí y ahora, y estuvo de acuerdo en marchar lejos, bastante lejos, para hacer incompatible las tristezas a través de la impostura.

Con ella pasará lo que quedará de excelente de ese día, antes del extenuante viaje de retorno por los máximos espesores fronterizos a su país, donde recibirá aterrorizados elogios por su ética desafiante del hedonismo y del mundo occidental. Raed saboreará con deleite al juvenil cuerpo femenino, repondrá sus ánimos y volverá a su tierra con una expresión de desventurada inocencia, y la suposición que por un tiempo no haría más ardidés. Dejará caer algunas observaciones puramente retóricas, pero se abstendrá de hacer definiciones, a lo sumo invitará a hacer estudios racionales y profundos del universo. Con entrañable convicción estará entre algunos ensimismados en emitir felices murmuraciones por ese espectáculo cadavérico, que esos estudiantes de su Madrasa originaron en las calles de una ciudad europea. Lo más bello era también lo más repugnante, y él no estaba dispuesto a trocar esos

lugares en su memoria.

Enseguida comparó sonriente a su vida (que tenía un transcurso maravilloso), con la de los tres jóvenes desdichados que se embarcaron en esa mera aventura ficticia. Actuaron con pleitesía hacia él, y con sus rendimientos le demostraron cuan grandes fueron sus virtudes. Esas cosas las pensó al divisar los pintados amarillos de las paredes del hotel, en cuyo interior había gravados de gaviotas volando sobre remotas colinas de arenas. El lugar recogía principios de armonía vital que supeditaba a los ánimos a una manifiesta estabilidad.

Después de acordar con la mujer (de nombre Juana) que cosas quería que le haga, le entregó el pago sin más peculiaridad que hacerle un afectuoso guiño. La prioridad consistía en dejar que el paso del tiempo tuviera un carácter purificador, que los sentidos obtuvieran un inopinado resarcimiento.

Juana hizo retumbar su corazón, mientras en otras zonas se seguían liberando escombros que pasarían a ser los "pedestales" de los que se inmolaron bravamente. Esos fueron símbolos y correlatos de esperanzas, empresas de aquellos que se levantaron para morir sin mentiras.

Luego del placer, del placentero circuito de excitaciones, decidió con aguerrido corazón hacer un rezo crepuscular, arrojando su cuerpo al plano más bajo: el suelo. Se trató de un rezo pertinente y no uno que serviría para explicar algo. A la mujer le dijo que tenía la buena intención de hacer que las conductas de los hombres se adecuaran a las antiguas costumbres, cuando enterró su cabeza en la alfombrilla. Sus palabras brotaron con naturalidad, y por supuesto que no efectuó sobre la ramera ninguna insania didáctica. Juana se quedó callada, y fingió saber algo de esa religión que alteraba incidentalmente lo que era costumbre en su agenda. En otras partes había aturdidores bullicios, pero allí nada tenía mucha importancia, a no ser la jactancia de quien no se interesó por lo que pasaba en el mundo.

Muchas cosas sugerían cíclicas tibiezas en la fe de Yawad Raed, y también una actitud hipócrita. Claro que los que se no se atiborraban con piedad, apelaban a esta para evitar lo trivial, lo repudiado, o simplemente por costumbre. Ni en el átomo invisible ni en la altura de cualquier cerro por el que había transitado, Raed encontró referencias que fundaran creencias específicas. No había nada razonable en acomodarse a esos dislates, a sombras que se tomaban como guías supremas. Esto pensaba el hombre que había conducido a Hani, Muayad y Abed, a matar y morir, suscitándoles una gran fe en la trascendencia de esos actos.

El hallazgo de algún+ propósito dentro de la transitoriedad más que un milagro abrumador sería una desdicha. Porque detrás de esa paradoja que en la televisión se anunció con perturbadoras alarmas, Raed (dejando de

lado a sus ponzoñosas enseñanzas) se preguntaba si realmente existía la Eternidad. Sin faltar el respeto al pudor, no creía que existiera la claridad de otro mundo con mecanismos y engranajes etéreos y sin la tensión de la materia.

En ese hotel prefirió regirse por el placer y aceptar ciegamente al convite de la vida (que excluye con sus distancias a la muerte). No era acuciante morir, ni una liberación o un defendible sueño. Al prender y escuchar por el aparato de televisión una reseña completa de lo ocurrido, le surgieron algunos gruñidos que contorneó de acuerdo al tono monótono del informe. Por supuesto que no presumió, pero su sonrisa se hizo inalterable, giró su vista de izquierda a derecha, e hizo como que danzaba o que le alegró la botellita de vino que había bebido.

Lo qué Yawad Raed realmente deseaba, era que a partir de ese día comenzara una conflagración total contra los enemigos de su fracción religiosa, sin que a él lo afectara nada aparte del cansancio y el sueño. Haría un rápido mutis, permanecer en ese escenario lo tornaría en alguien falible. Raed experimentó dentro de su pecho la acumulación de valiosas vanidades. No pudo en ese instante hundirse en la humildad y soterrar sus alegrías; con orgullo se señaló a sí mismo como el más importante brazo ejecutivo de las ordenanzas geopolíticas de su Organización.

Fin